

22/8/67

17

Señor Don Jesus Lezaun,
Rector del Seminario,
Pamplona.

Venerable padre y querido paisano

Le ruego perdona la libertad que me tomo de dirigirme a usted sin estar presentado. Entiendo que el ser cristiano y católico de una parte y la comunidad de país de otra, tienen la virtud de una presentación.

He seguido con atención el espectáculo bochornoso de la zafia denuncia que Perez Madrigal hace del Seminario que usted conduce como Rector. Leí lo que al respecto hizo constar El Pensamiento Navarro. He procurado completar mis informaciones con fuentes personales en cuya lealtad creo.

Tras este preambulo me permito llegar hasta usted para expresarle mi personal simpatía y adhesión, rogándole que no otorgue a esas basuras otro aprecio que el que las propias basuras merecen. Si entre el claustro de profesores hubiere alguno que pensara en poner su cargo a disposición de la autoridad eclesiástica, yo me permito suplicarle que no lo haga. El servicio del cargo, la adhesión al espíritu cristiano y sacerdotal, y el sentido de propia estimación, aconsejan lo contrario. Somos muchos, muchos, los que sin vez pública ni voto tangible en los actuales momentos, seguimos el curso de la gestión de usted, como de los demás que mantienen con dificultad y con honor sus puestos. Sigán en ellos como sacerdotes, como cristianos y como navarros.

Todos los respetos que merece la autoridad eclesiástica no me impiden hacer a usted la reflexión, que antes que yo se hicieron los miembros del Concilio Vaticano, de que haya sido posible estimar en determinados momentos de la historia que la Iglesia --la Jerarquía-- llegó a "hacer todo lo que le consienten y consentir todo lo que le hacen". Dios sobre todo. Tengamos él espíritu elevado y el corazón abierto a todas las coincidencias que llevan al bien. En último término, déjame decirle que se mantenga en su puesto por amor a Dios, al Seminario y a Navarra. Puedo decirsele con el peso que da a un parecer la experiencia; no olvide de que el demonio sabe más por viejo que por diablo. Y para un rector de seminario, un testimonio diabólico es sin duda de gran estimación.

Con mis mayores respetos y cordial saludo

Manuel de Irujo